



Dedico el presente libro a José María García Escudero, a José Luis Gutiérrez García y a Teófilo González Vila, propagandistas históricos e ilustres y, ante todo, maestros en la amistad.



Este grabado nos presenta una hermosa panorámica de Jávea, pueblo de la provincia de Alicante, conocida con el nombre de «Amanecer de España». En él podemos contemplar los Cabos de la Nao y San Antonio, así como el monte de Montgó, que separa Denia de Jávea. Esta obra pertenece a mi entrañable amigo Víctor Candela, que fue muchos años Director Escolar del Colegio «Vicente Tena».

Prólogo

FIDEL HERRÁEZ VEGAS

Arzobispo Emérito de Burgos

Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas

Soy consciente de que, al escribir el prólogo de un libro, se tiene la responsabilidad de pronunciarse sobre su contenido y hacer, al mismo tiempo, algunas valoraciones sobre su autor. Asumo gustosamente esta responsabilidad porque conozco al autor desde hace muchos años y he sido, y soy, testigo de su labor y de su valía personal y profesional.

Alfredo Mayorga Manrique y yo nos conocemos y compartimos una profunda amistad, precedida por las afinidades que tuvieron ya nuestras familias paternas en el pueblo abulense de Villatoro, en el llamado Valle Amblés, del partido judicial de Piedrahita. Los que estamos vinculados a la tierra abulense, conocida como lugar de «santos y cantos», sabemos y participamos del sentimiento de fortaleza y sinceridad que tienen sus habitantes, que suele engendrar y generar una amistad no pasajera sino sincera y permanente.

En nuestros respectivos caminos hemos coincidido en bastantes escenarios, compartiendo tareas de responsabilidad, relacionadas principalmente con la realidad educativa y con la presencia activa en la sociedad, siempre desde el ineludible compromiso que conlleva la fe y consiguiente vida cristiana. A bastantes de quienes en diversas etapas hemos sido testigos de la forma de afrontar Alfredo muy diversas realidades y de gestionar situaciones concretas, sí nos ha evocado recuerdos de nuestros paisanos Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Incluso, es posible que no le haya sido inadecuado lo que en algún momento se dijo de la Santa andariega: «Escribe a reyes, forcejea con nuncios, trata a cardenales y a duques, parlamenta con inquisidores, anima a monjas, irrita a canónigos, persuade a frailes, discute con maestros de obras». Y en la motivación y orientación cristiana de sus principios y decisiones, no es aventurado afirmar que en, variados momentos de su vida, también deseó hacer suya la actitud de la Santa abulense cuando decía: «Tuya soy, para Vos nació, ¿qué mandáis hacer de mí?».

El recorrido de Alfredo ha tenido el quehacer de la enseñanza como tarea fundamental. Ha dedicado a su profesión de educador más de 50 años y su caminar se fue concretando desde ser Maestro de una Escuela Unitaria en un pueblo abulense, hasta jubilarse siendo Presidente del Consejo Escolar del Estado y Vicepresidente Europeo. Tarea no fácil en un marco mundial, en cambio permanente, donde hay que «atreverse a educar» y a pensar la educación para hacer viable una verdadera vida humana y para aportar, desde los enfoques teóricos y las propuestas de valores, elementos que recuerden a la sociedad en que vivimos algo de vital transcendencia. Y no cabe duda que la trayectoria de Alfredo se ha desarrollado al servicio de esta importante misión.

Quienes le queremos y tratamos más de cerca sabemos que con frecuencia él recuerda sus orígenes de la infancia y adolescencia cuando estudió en una Escuela de Suburbios del barrio madrileño del Puente de Toledo, consiguiendo allí una beca que le permitió realizar los estudios de bachillerato y la carrera de Magisterio. Reconoce también que tuvo un fuerte apoyo de la parroquia de San Miguel Arcángel de la calle General Ricardos. Estuvo siempre muy vinculado a la Acción Católica y de modo particular a los aspirantes y jóvenes de ésta. Fue Presidente de los aspirantes. Posteriormente Vicepresidente primero de los jóvenes de Acción Católica y con posterioridad Propagandista del Consejo diocesano de la entonces diócesis de Madrid-Alcalá.

Este libro que lleva por título *Los tres pilares de la educación*, según nos dice el autor, trata de enseñarnos lo que él aprendió cuando estudiaba Magisterio en la Escuela Normal «Pablo Montesinos» de Madrid. Según comenta, en dicha Escuela tuvo como profesores a los que habían sido alumnos brillantes de la Escuela Superior del Magisterio, donde se formaban los catedráticos de Escuelas Normales y los Inspectores de Educación. Ellos les enseñaron que para ser buen profesor son necesarias tres cosas: dominar la materia que se va a enseñar, saber enseñarla e inculcar el amor por ella.

En su largo caminar Alfredo ha sido profesor en una sección de una Escuela Graduada, en un Colegio Nacional, dirigió durante trece años el Colegio Nacional de Madrid Juan Ramón Jiménez y, posteriormente, fue Inspector de Educación en Albacete, Ávila y Madrid. Hizo cuatro oposiciones. Por eso no es extraño que se diga con frecuencia al referirse a él que es una

persona que ha hecho guardia en muchas garitas. A nivel del Estado ha sido Director General de la Junta de Galicia y Subdirector General de la Inspección Educativa en el Ministerio de Educación y Deportes, culminando con las responsabilidades máximas que cité anteriormente en el Consejo Escolar del Estado y en el Europeo. Las «pinceladas biográficas» que se ofrecen en el propio libro, dan una visión más amplia del importante currículo del autor.

En cuanto a mi caminar más cercano con él, siempre recordaré que, cuando yo era Delegado Diocesano de Enseñanza de Madrid, Alfredo fue una ayuda muy valiosa y permanente para mí. Con posterioridad formó parte con otros amigos nuestros, como Raúl Vázquez y Teófilo González Vila, de Foros de Educación en la Conferencia Episcopal Española. Posteriormente volvimos a caminar juntos en la Asociación Católica de Propagandistas, compartiendo presencia y actividad en algunos de sus organismos de gestión y orientación. De los muchos recuerdos que conservo de los abundantes encuentros que compartimos, son especialmente significativos para mí su fidelidad y puntualidad en la asistencia a todas las reuniones, sus muy valiosas aportaciones, su trato cercano y constructivo con los diversos miembros en toda ocasión. Sus amplios conocimientos y gran experiencia, junto a sus acertadas y enriquecedoras valoraciones, fueron siempre para mí, repito, una ayuda muy importante, cualificada y especial.

Alfredo defiende con honda convicción la necesidad de la Escuela Nueva basada en el humanismo cristiano, junto con la implicación de todos los factores cogestores de la comunidad educativa. Considera como pilares y fundamentos de esa Escuela que preconiza a los profesores y a las familias. A éstas las considera como primeros y principales transmisores de valores sociales, éticos y cívicos, y como muy necesarios agentes educativos y de socialización. Las señala con gran claridad como transmisoras de hábitos y costumbres. Todo ello basado en la defensa de la libertad de educación, que nos hace reconocer y recordar a Cervantes cuando en su famosa obra, al dirigirse a Sancho, dice: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos».

Todos cuantos conocemos a Alfredo somos testigos de su preparación, de su profesionalidad y de su valentía en la toma de decisiones, acompañada de una equilibrada prudencia. Por eso, no es difícil suponer, y me consta que así fue, que las responsabilidades que tuvo que asumir, unidas a su

temperamento independiente y admirablemente profesional, le llevasen consigo el sufrimiento inevitable, al tener que sobrellevar en diversas ocasiones el zarpazo de la crítica y de la incomprensión. En tales situaciones ha sido siempre admirable el equilibrio personal y la fortaleza con los que las afrontó.

Con el libro que estoy presentando nos sitúa el autor en la amplia etapa que comprende desde el comienzo del segundo tercio del siglo pasado hasta el presente. Ha sido esta una época en la que en la sociedad en general y de la española en particular han tenido lugar acontecimientos importantes en el conjunto de la vida. También en un ámbito tan decisivo como es el educativo. Él ha sido testigo directo y activo de los diversos planteamientos que en dicho ámbito se han ido sucediendo a lo largo de ese tiempo, plasmados en sucesivos planes educativos. Me permito decir con sencillez que también yo he sido testigo y actor cercano desde los ámbitos educativos que se me encomendaron. He vivido alegrías y sufrimientos en ese largo recorrido con los planteamientos diversos y, a veces, parciales y sesgados de esas variadas orientaciones y normativas en el campo de la Enseñanza. En este sentido tengo fundamento para considerar que este libro recorre, de ese largo periodo de tiempo, los planteamientos de fondo de toda esa problemática educativa y en sus diferentes sectores.

Alfredo ha querido dedicar el libro a tres Propagandistas históricos de brillante historial, amigos y conocidos nuestros, como son José María García Escudero, José Luis Gutiérrez García y Teófilo González Vila, a los que él denomina «maestros de la amistad». Los tres conocieron de cerca y bien esa etapa de la que, en mi opinión, es importante saber y valorar sus datos más relevantes y significativos. Por todo esto y pensando que en la Asociación Católica de Propagandistas una de nuestras señas de identidad es la vocación educativa, me permito sugerir que sería enriquecedor que este libro fuese conocido tanto en nuestros centros educativos como por nuestros propagandistas.

Concluyo agradeciendo a Alfredo el rico caudal de conocimiento y experiencia en el campo de la enseñanza que aquí nos ofrece. Y más aún que esté avalado por el testimonio personal y profesional de quien ha creído, tan activamente, en los valores y en la fuerza humanizadora y transformadora de la educación.

Capítulo 1

PINCELADAS BIOGRÁFICAS

En julio de 1952 finalicé mis estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Madrid, «Pablo Montesinos», en la Ronda Toledo número 9. Había realizado con anterioridad los estudios de Bachillerato en el Instituto «San Isidro» de Madrid.

Los dos estudios, el bachillerato y el magisterio, los realicé con carácter gratuito debido a una beca concedida por el Patronato de Suburbios del Ministerio de Educación.

Recuerdo, con nostalgia y agradecimiento, a todos los profesores que tuve en la citada Escuela del Magisterio. Entre ellos se encontraba D. Luis Alonso Fernández, Director de la citada Escuela, Pedro Chico y Rello, Dictinio Álvarez Rellero, Emilio Latorre Timoneda, Taboas Salvador, Gloria Reneo, Jaime Segura y Teodoro Agustín Rubio.

Los citados profesores habían adquirido su categoría de catedráticos en la famosa Escuela Superior del Magisterio que había sido fundada en 1909 y que estaba dedicada a formar a los futuros profesores de las Escuelas Normales y a los Inspectores de Educación.

Recuerdo perfectamente que con frecuencia los citados profesores nos solían mencionar a los que ellos tuvieron en la citada Escuela Superior de Magisterio. Indudablemente tenían una gran categoría y dotes docentes. Entre ellos se encontraban José Ortega y Gasset, Rufino Blanco, Luis Hoyos, el Conde de Cedillo, Ricardo Beltrán y Rozpide, el padre Medina, José Rogerio Sánchez y Juan Zaragüeta.

Nos indicaban que los citados profesores les inculcaron cuáles eran los verdaderos pilares de la educación. Concretamente señalaban que para ser un buen profesor es necesario en primer lugar, dominar las materias de las enseñanzas que iban a impartir, poseer formación didáctica para saberlas enseñar y con la finalidad de inculcarlos el amor hacia ellas.

Todo lo que hace referencia a la educación y a su desarrollo histórico siempre ha constituido para mí motivo personal de preocupación e interés, y ello me condujo a tener una larga vida profesional.

Antes de adquirir la condición de funcionario trabajé en El Pardo en el «Centro de Estudios San Agustín».

En el año 1958, realizo las primeras oposiciones de mi vida para ingresar en el Magisterio Nacional. He ejercido como maestro, en una Escuela Unitaria en un pueblo de la provincia de Ávila, Muñotello, del partido judicial de Piedrahita.

Posteriormente en una Escuela Graduada incompleta en Bustarviejo, Madrid.

Realizo unas nuevas oposiciones a «Plazas de más de diez mil habitantes» y al conseguir aprobarlas, soy destinado al «Colegio Nacional Sagrado Corazón» de la localidad de Getafe.

Nuevas oposiciones, las terceras, para ingresar, en el Cuerpo de Directores Escolares. Consigo una de las ocho plazas de Madrid-capital, pasando a dirigir el «Colegio Nacional Juan Ramón Jiménez». Este destino constituyó un periodo largo de mi vida profesional, trece cursos, y en este tiempo, durante diez veranos, dirigí las Colonias escolares del Ministerio de Educación en la localidad alicantina de Jávea.

Fui elegido presidente de la Asociación de Directores Escolares de Madrid, en dos ocasiones, y posteriormente llegaría a ser Presidente Nacional de la citada Asociación. Cuartas y últimas oposiciones, en esta ocasión para ingresar en el Cuerpo de Inspección de Educación del Estado. Al conseguir aprobarlas mi primer destino fue la provincia de Albacete y posteriormente ejercí dicha profesión en Ávila y Madrid.

Estando destinado en Ávila, pasé a situación de servicios especiales al haber sido nombrado Director General de Educación Básica de la Consellería de Educación de la Xunta de Galicia.

Años después, estando ejerciendo de inspector en la plantilla de Madrid, fui nombrado Subdirector General de la Inspección, siendo ministra de Educación Esperanza Aguirre Gil de Biedma.

El Consejo de Ministros del 21 de julio del año 2000, me nombró, a propuesta de la ministra de Educación, Cultura y Deporte, Pilar del Castillo Vera, presidente del Consejo Escolar del Estado.

En dicho puesto ejercí durante un periodo de 4 años y en noviembre de 2001, en Bruselas, fui elegido Vicepresidente Primero de la Red de Consejos Escolares Europeos, que tuve que simultanear con la presidencia del Consejo Escolar de España.

Al tener lugar mi cese por jubilación como funcionario, me fue concedida la Encomienda con Placa de la Orden de Alfonso X El Sabio. Y pasé a dirigir la Fundación Santa Rita donde estaban escolarizados alumnos con riesgo social y sustituí en la citada presidencia al famoso propagandista Julio López Oruezabal y cuando cesé en dicha responsabilidad, pasé a sustituirme mi amigo, también propagandista, Andrés Muñoz Machado.

En este largo recorrido histórico no cabe duda que tuve que pasar por múltiples circunstancias.

Las anteriores notas biográficas, que indudablemente me hacen recordar al famoso filósofo Ortega y Gasset, el cual señalaba que «la vida es lo que hemos hecho y lo que nos ha pasado». Tuve que vivir en múltiples escenarios y no asistí a ellos como espectador orteguiano sino como protagonista, desde distintos ángulos y perspectivas al desarrollo de la educación en España durante estos cincuenta años.

No puedo por menos de haber experimentado una profunda gratitud por haber podido vivir este apasionado periodo de la historia de la educación. Los fracasos han existido, pero ya Dickens nos diría que cada fracaso le enseña al hombre algo que necesita aprender o a Laurence A. Appley cuando afirma que «quien no se arriesga a cometer errores, jamás progresará». Quien progresa sin cometerlos no es humano.

Los cambios experimentados en estos años nos han llevado del «hombre tipográfico», al «hombre electrónico, y al hombre de internet», que como diría Pérez Calderón «tiene un horizonte espiritual, cultural y social, infinitamente mayor».

Pero esa deshumanización que parece ser uno de los males o bienes de nuestro tiempo, no nace como consecuencia fatal del empleo de unos medios, pues a la postre, como señalaba mi profesor George Uscatescu, «la libertad... implica una fe, una metafísica y unos valores morales que serán siempre superiores a la fe en la ciencia y a la mentalidad tecnológica».

El reto o los retos que tenemos marcados nos obligan a dar la oportuna respuesta y propiciar la «resurrección del hombre», desterrar la indiferencia y el conformismo, sustituyéndolo por la cooperación y la solidaridad.

Capítulo 2

¿QUÉ ENTENDEMOS POR EDUCACIÓN?

«La educación es una tarea solidaria y una responsabilidad compartida».

Para dar respuesta adecuada a la pregunta que me formulo es preciso acudir al artículo 27 de nuestra Constitución que a la postre constituye todo un proyecto y un programa de Política Educativa. La Constitución Española de 1978 define las Orientaciones Básicas que presiden toda la Legislación educativa. Y así nos indican, en su punto segundo, que el «objetivo de la Educación es el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales».

Los poderes públicos tienen que garantizar este derecho y reconocer que los padres a la postre son, o deben ser, los primeros educadores de sus hijos. La citada Constitución indica cuál es el fin y el objetivo de la educación indicando:

El objetivo primero y fundamental de la educación es la formación plena de la capacidad para ejercer, de manera crítica y en una sociedad axiológicamente plural, la libertad, la tolerancia y la solidaridad.

La famosa catedrática Adela Cortina ha insistido en que, «se debe producir una síntesis entre las ideas que sustentan dichos valores, las creencias y la práctica seguida en la vida real». En realidad, Adela Cortina, catedrática de la Universidad de Valencia, coincide con el pensamiento de Ortega cuando nos indica en *Ideas y creencias* y nos hace ver que «las ideas se tienen y en las creencias se está»; todo ello lleva implícito un modelo de hombre y una concepción del mundo, una Antropología y una Cosmovisión, a la postre, un modelo de educación.

Edgar Faure señala que todos coinciden en que la finalidad de la educación es la formación del hombre, pero ¿de qué formación estamos hablando y de qué hombre se trata? El ideal es «crear el hombre de la decisión y la autonomía».

Indudablemente tendremos que descender al terreno de señalar quiénes son los que enseñan, qué enseñan, cómo y cuándo lo hacen.

Con relación a quién enseñan debemos señalar lo siguiente:

1. Primero, toda persona en todo tiempo y lugar.
2. Segundo, los profesores, como Profesionales de la Educación.
3. Tercero, los Centros Educativos donde se imparte la educación institucionalizada.
4. Cuarto, el Ambiente y su Entorno Social.
5. Quinto, los Medios de Comunicación Social.
6. Sexto, la Familia como primera educadora.

Tenemos que reconocer que la educación es también un proceso de comunicación. Es «el mecanismo a través del cual las relaciones humanas existen y se desarrollan». Tener conocimiento de que solamente los hombres somos libres cuando somos responsables. La educación es una acción para el futuro y tiene que hacerse pensando en este tiempo.

Nuestra concepción de la filosofía condiciona en cierto modo nuestra pedagogía y tendremos que resaltar que la concepción de la educación viene condicionada por dicha filosofía.

Una de las primeras preguntas que debemos formular, y dar la consiguiente respuesta, es: «¿QUÉ ES EDUCAR?».

Indudablemente es primero transmitir, mostrar y testimoniar, segundo, alimentar y tercero guiar.

El educar no es un acto puntual en un tiempo determinado; es una permanente tarea inacabada y ello obliga a plantearse la «educación a lo largo de la vida» y abordando como posibilidad de recorrer el camino que va de los niveles básicos a la universidad. Menéndez Pelayo decía con frecuencia que «la educación comienza en la cuna y termina en la sepultura».

A la postre es un servicio de la comunidad y para la comunidad, aunque es preciso diferenciar la educación sistemática y la difusa. Ambas participan e implican el transmitir, el alimentar y el guiar y poseen elementos comunes diferenciados que hacen más bien relación al lugar y al modo de educar.

Hay que considerarla como elemento básico del bien común y tener claro que no es propiedad del estado.

Partiendo de la consideración de que la educación, según señalaba Ángel Herrera, es patrimonio de todo hombre en todo lugar y tiempo y que a nivel institucionalizado se imparte principalmente en los centros educativos.

La educación que nosotros hemos venido propugnando propicia una forma integral y armónica basada en los principios del humanismo cristiano que implica, no sólo una creencia, también una cultura, bajo la orientación y magisterio de la Iglesia católica. Y al mismo tiempo una educación y formación científica y rigurosa que motiva el esfuerzo, el compromiso y la coherencia de los alumnos basada en la excelencia como meta a perseguir y alcanzar.

Está claro que hay que respetar el carácter de subsidiaridad en el campo de la enseñanza, el ser consciente de que la enseñanza debe ser neutral y defender a ultranza la libertad de la citada enseñanza.

La consolidación de un sistema educativo propio exige la elaboración de programas adaptados no solo a las peculiaridades de los alumnos, sino al entorno geográfico, social, cultural y lingüístico. Dicha tarea pasa por una formación específica del profesorado.

En el informe de la UNESCO de 1996, de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo xx, conocido como «Informe Delors», se hacen las siguientes consideraciones:

Frente a los numerosos desafíos del porvenir, la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia las ideas de paz, libertad y justicia social.

Según dicho informe, la educación de la vida se basa en cuatro pilares:

1. Aprender a conocer.
2. Aprender a hacer.
3. Aprender a vivir juntos y aprender a vivir con los demás.
4. Aprender a ser.

Todo ello nos indica la necesidad de caminar hacia una educación intercultural.

Cuando indicamos «aprender a conocer», señalamos la necesidad de transformar la información en conocimiento camino para lograr la sabiduría.

El «aprender a hacer», nos presenta la necesidad de no hacer por hacer. Evitar el activismo a ultranza.